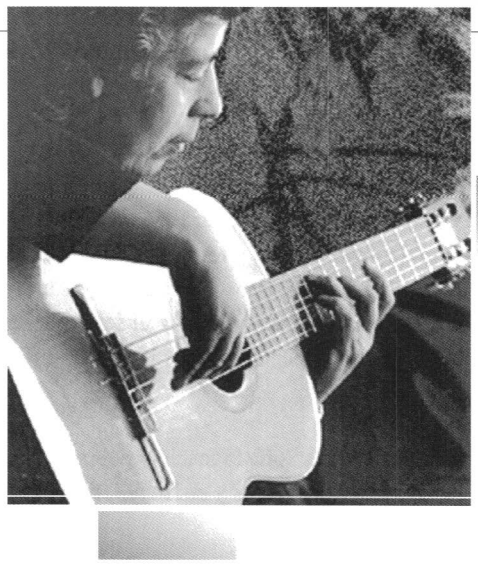
Liliana Pérez Corey (1917 - 1990)
Pionera en la enseñanza de la guitarra en Chile

VARIOS AUTORES

Figura pionera para el mundo de la guitarra y su desarrollo en nuestro país fue la persona de Liliana Pérez Corey (1917-1990). Fallecida hace ya más de una década, dejó una huella imborrable en todos aquellos discípulos que conocieron su generosidad e incansable trabajo. Formó a toda una generación de guitarristas.

Por su significativa entrega a la cultura nacional, el Comité Editorial de *Resonancias* ha decidido dedicar su sección Testimonios a una personalidad cuya contribución ha sido señera para el conocimiento de la guitarra, un instrumento tan popular como familiar en latinoamérica.

Colaboran en esta sección algunas de las personas que tuvieron un contacto directo con ella, mayoritariamente alumnos y alumnas de entonces, expresando sus vivencias y dando a conocer facetas, muchas veces, desconocidas para el resto del mundo musical.



PARA LA GUIA DE MI VIDA : MI MADRE

LILIANA MEDINA PÉREZ

Fue la tercera hija de una familia de siete hermanos, cuyos padres fueron Berta Corey Lillo y Aliro Pérez Fernández, ambos de profesión médicos. Sus padres siempre sintieron especial interés por la música por lo que inculcaron a sus siete hijos el gusto por ella poniéndolos a estudiar diferentes instrumentos

musicales, siendo para Liliana la mayor pasión de su vida y haciendo de la música su profesión.

Su primera profesora de música fue María Luisa Sepúlveda quién la descubrió en el arte y aconsejó que le tomaran clases con el profesor Antonio Alba, maestro español de gran trayectoria. Fue alumno de él por algunos años en los cuales demostró un gran progreso lo cual enorgulleció mucho a su familia, ingresando posteriormente al Conservatorio Nacional de Música siendo su profesor Albor Maruenda, músico español.

Terminados sus estudios en Santiago viajó a Buenos Aires, Argentina, siendo su maestra principal Consuelo Mayo López, continuando sus estudios y perfeccionándose hasta obtener su título de Concertista en Guitarra.

Volvió a Chile haciéndose cargo de la Cátedra de Guitarra y así dio inicio a su carrera docente. No conforme aún con sus conocimientos e inquieta por naturaleza decide viajar a España para perfeccionarse. Nuevamente en Chile, reanudó su Cátedra de Guitarra en el Conservatorio Nacional enseñando por muchos años, siendo la formadora de destacados guitarristas como por ejemplo Eugenia Rodríguez, Jorge Rojas, Roberto Pérez e Isolde Pfennings, entre otros; algunos de los cuales consideraba como hijos.

En 1952 contrajo matrimonio con Flaviano Medina Sepúlveda naciendo de esta unión Liliana Medina Pérez; hija única, la cual llenó de gozo a su madre y familia encontrándose escrito en un diario personal de mi madre lo siguiente "El día Lunes 17 de Agosto de 1953 a las 11:10 horas llegó mi amor como un verdadero ángel que bajó del cielo", lo cual me ha demostrado el gran amor incondicional que siempre me ofreció.

Su rol de madre fue importante para mí, pues me mostró el camino de la vida haciendo de mí una mujer respetable, responsable y formadora de mi familia. Durante mi niñez siempre estuvimos muy apegadas la una a la otra. Eramos solo las dos y como ella trabajaba excesivamente yo la acompañaba a sus clases y conciertos y aún recuerdo el sentirme nerviosa y ansiosa cuando daba algún concierto. Crecí en la música y de hecho estudie piano y guitarra por algunos años, pero mi futuro se dirigió hacia lo científico.

Fue abuela de tres nietos : Sofía , Ignacio y Felipe, a los cuales quiso y regaloneó muchísimo. Disfrutaba el día domingo junto a sus nietos y era muy feliz trayéndonos nuestros "pedidos especiales" los cuales encargábamos el día anterior.

Vivió una vida tranquila, esforzada y dedicada por completo a la música y a su familia . Fue una mujer transparente, sencilla y honesta y a veces hasta ingenua. Falleció un día de invierno miércoles 25 de Julio de 1990, en nuestra casa junto a mi. Ella fue una mujer tan autosuficiente, independiente y valerosa que ni aún en el último tiempo de su enfermedad quiso causar trastornos a su familia.

Al morir dejó un gran vacío en mi familia y aún a veces necesito sus consejos y apoyo, siempre incondicionales y muy acertados.

Nadie puede obviar el papel que cumpliera la señora Liliana en el desarrollo de la guitarra en Chile. Fue una gran base que permitió que germinaran innumerables talentos.

SERGIO SAUVALLE E.
Guitarrista

Era una trabajadora incansable, tenía dedicado prácticamente todo su tiempo a la labor pedagógica, copando prácticamente todas las posibilidades donde se pudieran realizar clases de guitarra, no importándole el *status* de la institución donde se desempeñara. Según mi conocimiento trabajaba en la Facultad de Artes, en un conservatorio de Rancagua, en la Escuela Moderna y en el Instituto Cultural de Las Condes. En este sentido fue una pionera en la divulgación del instrumento y un icono de su época. Por sus manos pasaron la mayoría de muchos de los connotados profesores de guitarra del país: Luis López, Oscar Ohlsen, Ernesto Quezada, por ejemplo.

Del punto de vista histórico del desarrollo del instrumento, según mi visión, ella fue un símbolo de toda una época de transición entre una enseñanza de la música de la tradición salonesca y la enseñanza de la música con una perspectiva profesional.

Si bien la señora Liliana ejerce una cátedra de guitarra en la Facultad de Artes de Universidad de Chile con un programa para formar profesionales de la música, el papel que a ella le toca vivir en nuestro país la llevan, de hecho, a heredar una serie de costumbres y supuestos que se arrastran de una etapa perteneciente a la música de salón.

En el criterio salonesco, el dedicarse a la música de manera profesional era muy mal mirado, en especial para los hombres. Estos debían dedicarse a la política, a los negocios y ser profesionales. Era bien mirado saber música pero como un valor agregado a la ocupación principal, es decir, sólo como un simple aficionado. Es cosa de constatar con nuestros primeros compositores y músicos, todos tenían otra profesión y se dedicaban a la música como un gran hobby apasionante: no vivían de la música, aunque ellos vivieran para la música.

En la época de mi generación no era mirado como inconveniente el que, junto con estudiar el instrumento, se estudiara otra carrera, una carrera como leyes, medicina, etc., más aún, era como la normalidad y lo deseado (¿o lo impuesto?) por la familia de los alumnos. La base de este comportamiento era (y es) ese criterio salonesco añejo que no ve con buenos ojos a los músicos como profesionales.

Mi experiencia en este aspecto fue: mi familia deseaba, más aún, me tenían predestinado como profesión la medicina. Pero, en un acto de rebeldía, ingreso a estudiar Ingeniería Química en la Universidad Técnica del Estado la que posteriormente abandono para dedicarme por completo a la música.

En mi generación, de mis compañeros recuerdo con quienes formamos un cuarteto: Rodolfo Bursmeister quien sigue la carrera de leyes paralelo a la de guitarra, hoy es un abogado que se recibe de concertista pero que no ejerce profesión musical; Isabel Tornquist quien no se recibe de concertista, se retira para recibirse de Psicóloga; Roberto Pérez, quien emigra a EEUU con su familia, hoy día en Chile no se

dedica a vivir profesionalmente de la música. En una etapa más avanzada se encontraba Jorge Rojas Zegers quien hoy día es un prominente médico de connotación nacional, también se recibe de concertista pero no ejerce esta profesión, aunque ejerce como profesor de guitarra de la Facultad de Artes de la U. de Chile.

En el comportamiento tradicional del salón de la Colonia, y que hereda la República, la mujer era la encargada de administrar, dirigir y preservar el aspecto musical de este.

Inconscientemente la señora Liliana transformaba sus clases en una acto salonesco, no atendía a sus alumnos uno por uno en forma individual. Todos sus alumnos debían llegar a una hora determinada y debíamos permanecer sentados en la sala esperando el turno de nuestra clase. Estabamos en la práctica alrededor del que tocaba, mirando, escuchando lo que la profesora (la dueña de casa) decía y explicaba. En un momento determinado, mandaba a alguno de nosotros a traer algún comestible y ella se alimentaba frente a todos nosotros, cumpliendo con el ritual de ingerir algún bocadillo y algo para beber. Recuerdo haberme aburrido eternamente en esas "tertulias" puesto que muchas veces con alumnos de un mismo nivel, estudiando las mismas piezas, se repetían los mismos consejos, además, el sólo hecho de estar totalmente quieto una cantidad grande de tiempo era insoportable. Puede parecer esta metodología a los Seminarios que entrega un determinado maestro por un día, dos u una semana a entregar su conocimiento a un público que no lo conoce, entonces, como un acto teatral, los alumnos tocan frente a él y su auditorio para recibir sus criterios y soluciones. Pero, hay una diferencia sustancial, ese maestro viene, quizás, una vez en la vida de ese auditorio, no cuatro o cinco años, o toda una carrera ("diez años") con lo mismo. ("Además, uno tiene la libertad de ir o no a esos seminarios"). Se pueden sacar conclusiones frente a problemas diferentes de biologías diferentes, historias diferentes, morfologías diferentes, pero no transformarlas en una metodología permanente de enseñanza. Cada alumno es una unidad con absoluta identidad propia que requiere soluciones particulares de acuerdo a sus propias particularidades. En este sentido, se aprende más cuando, entre iguales, se confrontan problemas parecidos y las soluciones que cada cual ha diseñado, pero este un acto privado, libre y espontáneo entre dos o más estudiantes que de mutuo propio se congregan para tocar y hablar de sus respectivas experiencias.

Era muy maternal y acogedora, estaba en propiedad en su papel de madre dentro de nuestra línea cultural con su matriz mariana. Madre protectora y omnipresente, pero que puede transformarse en la *Mater Terribilis* cuando algo no está dentro de sus cánones de conducta.

Recuerdo haber caído en sus redes maternales y haberme transformado en su gran "hincha", incluso con otros alumnos tuvimos la idea de realizarle un homenaje, ya en esos años. Como toda gran madre ella nos acogía. Pero, posteriormente caí en desgracia y fui expulsado de sus dominios y preferencias. Las razones fueron básicamente tres. La primera fue de índole ideológica, tuve la "mala ocurrencia" de discutir entre mis compañeros, en especial con los muy religiosos, mi no-creencia en Dios, (estamos hablando de los años 70- 71, época de gran efervescencia en que todos participábamos para un lado y otro); la segunda fue más bien política, tuvimos el "desatino" junto a otro compañero (Jorge Solovera, hoy un detenido desaparecido) de intentar formar un centro de alumnos entre los guitarristas; la tercera, y fundamental, fue de carácter pedagógico y ligada al celo profesional: por aquella época su alumno más avanzado (Luis López) había vuelto de un viaje de perfeccionamiento en Europa y había un gran interés y curiosidad por saber lo que traía. La señora Liliana asume una actitud de "Luis quiere quitarme

mis alumnos", por lo menos de esa manera me llega a mí esa conmoción que causa la llegada de este profesor. Discutíamos largamente entre "los leales" de aquella época, las razones malignas de Luis y las maneras de oponernos. Bueno, tanto fue la curiosidad despertada por la misma actitud de la señora Liliana, que terminé secretamente tomando clases con Lucho López junto con otros alumnos (como Ernesto Quezada por ejemplo) que con sorpresa, nos topábamos en su casa de Diego de Almagro. Esta fue la gota que rebalsó el vaso y termine expulsado de la cátedra de la señora Liliana para pasar a ser un alumno, esta vez "oficial" y no clandestino de Luis López.

Maestra Liliana Pérez Corey, Principal formadora de guitarristas del país.

JORGE ROJAS-ZEGERS
Facultad de Artes
Universidad de Chile

Recordar a la maestra es ahondar en las raíces mismas del quehacer de la guitarra clásica en Chile.Hoy podríamos referirnos a ella como la formadora de los formadores, en tronco vigoroso desde donde se ha nutrido y conectado nuestro arte con el pasado. Luis López, Isolde Pfennings, Fresia Reyes, Ernesto Quezada, Oscar Ohlsen, Eugenia Rodríguez, Roberto Pérez y Jorge Rojas-Zegers, entre otros, son ejemplos de sus alumnos que han multiplicado su saber y difundido su sabiduría.

MAESTRA INOLVIDABLE

PABLO DÉLANO THAYER
Compositor. Profesor
Facultad de Artes de la Universidad de Chile

La conocí en 1971 a instancias de mi maestro de Composición Darwin Vargas Wallis.

La guitarra era mi instrumento preferido como compositor, habiendo creado hasta esa fecha mi *Sonata N°1, Ocho Estudios para Guitarra, Danza, Fantasía* y otras piezas, todas éstas, obras escritas para el instrumento.

El maestro Darwin Vargas concertó una entrevista con la Sra.Liliana Pérez Corey con el objeto de que me escuchara tocar guitarra y, eventualmente, me aceptara como su alumno en la entonces Facultad de Ciencias y Artes Musicales y de la Representación de la Universidad de Chile. La reunión se llevó a efecto en el domicilio de Doña Liliana y me acompañó mi maestro, que me presentó ante ella.

Ese mismo año me incié como su discípulo en la Escuela Musical Vespertina, dependiente de la Facultad, la que estaba ubicada en la calle Agustinas. Doña Liliana tenía allí su cátedra, atiborrada de alumnos de todas las edades -jóvenes y adultos- los que esperaban ansiosos su turno para recibir las sabias enseñanzas de esta gran maestra. Eran pocos los minutos que podía dedicar a cada alumno, pero la enseñanza que impartía era sólida, producto de la herencia de Tárrega a través de su maestro Pujol y de Segovia, por medio de su maestra en Buenos Aires, la guitarrista Consuelo Mayo López. La clase se iniciaba con un breve intercambio de palabras; su cálido trato siempre daba confianza.

Fue sólo ese año que estudié con ella en la Escuela Musical Vespertina.

La maestra Liliana Pérez Corey se caracterizaba por su permanente perfeccionismo. Las indicaciones que entregaba eran certeras y consistentes, logrando en el alumno un significativo avance, llegando éste a tocar el instrumento con seguridad y eficacia. La maestra constantemente se abocaba a la búsqueda de nuevas posibilidades técnicas de cómo tocar la guitarra con mayor facilidad y nivel estético, lo que transmitía a cada uno de sus alumnos.

Tiempo después, en dos ocasiones, la tuve como profesora en su cátedra de guiarra en el Departamento de Música de la actual Facultad de Artes de la Universidad de Chile, en 1976 y finalmente en 1983.

En 1976 fue la oportunidad para que, a través de sus clases yo profundizara la técnica y la afianzara definitivamente. En ese año escribí, a petición suya, mi *Preludio Romántico* orientado en la estética del período homónimo, obra que dediqué a ella. Fue ésta la respuesta ante sus interrogantes de si un compositor actual podría escribir una obra con esa característica. Aquella sencilla obra le agradó y ese hecho me dio la satisfacción de haber retribuído, en parte, su gran generosidad.

1983 fue el último año en que fuí su alumno, recibiendo sus enseñanzas, siempre enriquecidas con nuevos aportes.

Posteriormente, hasta la época en que enfermó de gravedad y hasta sus últimos días, estuve en contacto con ella, pudiéndole expresar personalmente la admiración, gratitud y cariño que por ella sentía.

Su brillante y fructífera labor de maestra se proyecta permanentemente en el tiempo a través de sus discípulos, los guitarristas, hoy también profesores del instrumento en los principales centros de formación musical del país, y a través de muchos músicos y amantes de la Música que la tuvieron como maestra.

Quisiera concluir este sencillo testimonio dedicando a la querida Maestra Liliana, un acróstico de mi autoría, cuya única pretensión es rendirle un sentido y sincero homenaje:

HOMENAJE

Pablo Délano (Abril de 2001)

L iliana Pérez Corey
I magen imborrable
L uz para la Guitarra Chilena
I mán de todo lo bueno
A lumbras el camino del discípulo
N uevas verdades en seis voces nos traes
A cumulando saberes, vives y enseñas.

P ermanece tu recuerdo
E n todos los que bien te conocen
R asgueos y arpegios
E ntremolados.
Z amacuecas y Preludios
C oncertados
O frecen tus manos virtuosas:
R odrigo, Villa-Lobos y Vargas
E mbelesados te escuchan
Y te aplauden.

OSCAR OHLSEN
Concertista. Profesor de Guitarra
Instituto de Música
Pontificia Universidad Católica de Chile

En nuestro país, la guitarra estuvo marginada del oficialismo musical hasta fines de los años 40. Si bien es cierto que el maestro argentino Albor Maruenda logró abrir las aulas académicas a la guitarra, fue su alumna Liliana Pérez Corey quien consolidó la cátedra de guitarra en el Conservatorio Nacional de Música.

Hubo un momento en Chile, en los años 60, en que sólo habían dos buenas alternativas para estudiar la guitarra: con Arturo González, en su Academia particular o con doña Liliana, en el Conservatorio. González también había sido discípulo del profesor Maruenda.

Yo inicié mis estudios de guitarra con Edmundo Vásquez, que era alumno de González. Con él recibí una formación que ha sido la base fundamental de mi carrera práctica, tanto técnica como conceptualmente. Al mismo tiempo, estudiaba teoría y armonía con Lucila Césped. Luego de convalidar, como alumno libre, mis estudios en el Conservatorio, pensé que era el momento de experimentar la vida de alumno regular en esa casa de estudios.

Por supuesto, sabía de doña Liliana. Ya existía toda una leyenda sobre ella. Se decía que había estudiado con el pionero de la guitarra en Chile, Antonio Alba y con el ya mencionado Maruenda, a quien muchos atribuían la nacionalidad de español. También se contaba que el trémolo de doña Liliana -en *Recuerdos de la Alhambra*, de Tárrega- era excepcional. Que había estudiado en España, con Emilio Pujol, etc. Todas esas cosas eran ciertas. Entonces, había que conocer al personaje.

Mi hermana Norma me acompañó a mi primer encuentro con ella. Ese día, doña Liliana estaba en una salita en el úlimo piso del elefante blanco de calle Compañía, una especie de mansarda. Nos recibió con gentileza y calidez. Estaba sola y pareció agradarle el encuentro. Sorpresivamente, nos invitó a escucharle una pieza que estaba estudiando. Recuerdo vívidamente que era un arreglo de la "Marcha Turca" de Mozart. Su ejecución me pareció nítida, donde se podía apreciar una depurada técnica, especialmente, de los ligados. Yo, a la vez, toqué las piezas que llevaba preparadas y ella me aceptó como alumno.

Nuestra relación maestra-alumno duró dos años en una primera etapa. Mis clases transcurrían en una sala, ya no en la mansarda sino quizas en el 8° piso del Conservatorio, repleta de alumnos que esperaban su turno. Los que lograban sentarse quedaban practicamente encima de las sillas de la maestra y de su alumno en acción mientras otros esperaban de pie, muchos de ellos tratando dc cruzar cl umbral de la puerta, la que siempre debía permanecer abierta, porque el tránsito a la clase de guitarra era interminable.

En mis recuerdos siempre fue así.

La clase de doña Liliana, por la enorme cantidad de alumnos, era breve. Su orientación iba a cosas muy prácticas y que ella consideraba fundamentales, teniendo como base los conceptos técnicos de la escuela de Emilio Pujol.

Siendo alumno de ella, inicié mi vida profesional como laudista del Conjunto de Música Antigua de la Universidad Católica, donde ocupé el lugar del profesor Luis López, que viajaba a Alemania por algunos años. Doña Liliana asistió a mi concierto de debut, a fines del año 1968. Estaba sentada en primera fila. La miraba de reojo y la veía tan feliz. Me tenía mucho cariño. Su presencia allí me estimuló mucho, sobre todo por que me daba cuenta que yo le importaba. Interiormente, le estaba dedicando mi actuación como una humilde retribución a sus esmeros por hacerme un músico y una persona mejor.

Luego vino un período de distanciamiento, igual como pasó con Lucila Césped, no por no querer a mis maestras. Me fuí a estudiar a Europa y comenzó mi propia carrera. Uno se ve entonces envuelto en tiempos en que todo ocurre vertiginosamente. Pero aún después de algún tiempo, volví a clases con doña Liliana, porque me interesaba su consejo. Mi última clase fue, en aquella época, en su flamante departamento en un edificio en Bilbao con Seminario, donde también, antes de terminar la clase de uno, ya estaba el siguiente alumno esperando.

Con lo que voy a decir a continuación quiero ser muy honesto. Hay muchos que aman incondicionalmente a doña Liliana, pero también no pocos los que consideran que ella retrasó el avance de la guitarra en Chile. Es exactamente el mismo caso de amor-odio, a nivel mundial, con respecto a Andrés Segovia. Yo creo que doña Liliana fue un eslabón importante en el desarrollo de la guitarra en nuestro país y hay un hecho incuestionable: la nueva generación de guitarristas, todos aquellos jóvenes que se realizan hoy como artistas iniciando sus carreras, ganando concursos internacionales y nacionales, comenzando sus labores en la docencia, etc., son nietos de doña Liliana. Los maestros que hemos formado a esta nueva generación triunfante, todos, en algún momento fuimos alumnos de doña Liliana, fuimos sus hijos musicales, algunos más rebeldes que otros. Reconozco que yo fuí uno de los rebeldes, sobre todo, muy ingrato. Y doña Liliana, lo único que mereció, por todo lo que hizo, es gratitud.

El Concurso de la Escuela Moderna de Música "Liliana Pérez Corey", creado por Eugenia Rodríguez, ya prepara su 4ª versión. Ese es un gran y merecido homenaje a doña Liliana. Me alegro muchísimo que, unánimemente, el comité editorial de *Resonancias* haya querido, también, homenajear a esta figura guía de la guitarra chilena.

ISOLDE PFENNINGS C.
Docente.
Conservatorio de Música de la
Universidad Austral de Chile, Valdivia.

ELLA NOS ENSEÑÓ A AMAR LA GUITARRA.

Liliana Pérez Corey, maestra de maestros.

Mujer pequeña pero grande, dulce y a su vez llena de energía, como el instrumento que fue la razón

de su vida, nos introdujo en el mundo maravilloso de la guitarra, que tan pronto acompaña una sencilla canción como combina una gama de timbres sólo comparables a una orquesta.

Comenzó su vida artística cuando aun era una adolescente, en una época en que la guitarra no se valoraba a una misma altura que otros instrumentos dentro de la música docta. Debió luchar con incomprensiones, discontinuidad de estudios y otras dificultades para salir adelante, ¡y lo logró!

Siendo en 1945 alumna del nivel superior en el Conservatorio Nacional de Música de la Universidad de Chile, se interrumpió la cátedra de Guitarra Clásica por alejamiento de su maestro Arbor Maruenda. Ella, al contrario de sus compañeros, que defraudados abandonaron sus estudios, buscó continuarlos en el extranjero.

Así durante dos años en Argentina, como alumna de los mejores maestros del Estado de Buenos Aires, Consuelo Mallo López y Jorge Gómez Crespo, completó su carrera obteniendo el título de Profesora Superior de Guitarra Clásica.

Con la música en el corazón, los deseos de enseñar y sus manos en la guitarra, manos que Dios no pudo haberle dado más a propósito, regresó a Chile en 1947. Con éstas herramientas, su alma de maestra, sus manos y su guitarra, reinició en el Conservatorio Nacional la cátedra de Guitarra Clásica, la que ejerció hasta sus últimos días.

Paralelamente desarrolló su trayectoria como concertista que abarcó ciudades de Chile y países como Perú y España.

Tuve el privilegio de ser su alumna.

Junto a compañeros como Arturo González, Nora Eggers, Víctor Cacault, Enrique Ortiz, Luis López, Fresia Reyes, fuimos sus primeros alumnos. Siguieron Ernesto Quezada, Oscar Ohlsen, Carmen Olivares, Jorge Rojas, Victoria Rojas, Rodolfo Burmeister, Roberto Pérez, Eugenia Rodríguez, entre otros, hasta completar una trayectoria de más de 40 años.

Liliana Pérez, tanto por su aporte pedagógico como por su labor de concertista, ostenta el honor de haber elevado el nivel de la guitarra en nuestro país, colocándola en el sitial que se merece en la sala de conciertos. Esta misión que nos ha correspondido reforzar los que hemos sido sus alumnos, deberán continuarla los futuros cultores del instrumento.

Recordándola como forjadora de generaciones de guitarristas, que en mayor o menor grado deben a ella su formación, creo coger el sentir de los que fuimos sus alumnos, al reiterar que ella nos enseñó a amar y comprender el maravilloso arte de la guitarra.

Gracias por siempre, querida maestra.
Su primera alumna titulada,
Isolde Pfennings Caccialli
Docente por más de 30 años en el Conservatorio de Música de la Universidad Austral de Chile, Valdivia.

RECORDANDO A UNA MAESTRA PIONERA

EUGENIA RODRÍGUEZ M.
Profesora y Coordinadora de guitarra
Instituto Profesional Escuela Moderna
de Música

Recordar a Liliana Pérez Corey es un ejercicio diario para quienes tuvimos la fortuna de conocerla de cerca. Su figura no sólo ha sido determinante en la carrera profesional de todos nosotros, sino que ha influido en otros aspectos de nuestras vidas.

Siendo muy niña llegué de la mano de mi padre, quien era concertista en acordeón, amigo y colega de ella en la Escuela Musical Vespertina, a su departamento ubicado en la calle Bustamante. Desde esa oportunidad despertó en mí un gran respeto, no sólo por su imponente figura, sino por una extraña combinación de severidad y dulzura que siempre envolvían sus palabras. Yo venía de la escuela del maestro Arturo González, con quien di mis primeros pasos en la guitarra, años inolvidables en su academia de Lyon, donde también acudían Eduardo Gatti, Luis López, Eduardo Balasz, Gelsia Torres y muchos otros guitarristas que religiosamente concurríamos, atraídos por la carismática figura de este notable guitarrista chileno que, con sus giras de conciertos por Chile, Europa, Asia y EEUU, marcó junto a Liliana Pérez Corey, un período que tendría una importancia trascendental en el desarrollo de la escuela guitarrística chilena.

Durante 21 años permanecí junto a quien se transformara en mi *maestra,* en el real significado de esta palabra, la que con su estilo de vida me enseñó, al igual que mis padres, profesores normalistas, el verdadero sentido de la vocación docente.

Con una entrega sin precedentes, Liliana Pérez Corey se transformó en una verdadera institución de la guitarra en Chile, sacrificando su carrera artística como ejecutante en beneficio de la enseñanza, la que ejerció en forma simultánea en el Conservatorio Regional de Rancagua, Universidad de Talca, Viña del Mar, Conservatorio Nacional de Chile y Facultad de Artes de la Universidad de Chile (1947 a 1990), Instituto Interamericano de Educación Musical, Instituto Cultural de las Condes, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación e Instituto Profesional Escuela Moderna de Música (1946 a 1990), donde dictó su última clase 15 días antes de su deceso (25 de Julio de 1990) causado por un cáncer que la aquejó por un período de 5 años, durante los cuales y a pesar de padecer tan penosa enfermedad, no abandonó en ningún momento su intensa labor educativa.

La señora Liliana, estaba consiente de la necesidad de expandir la enseñanza de la guitarra clásica a todo Chile, ya que como ella misma afirmaba, no bastaba con formar guitarristas sino había que educar un público que la apreciara y valorara. Cuando ella comenzó

su carrera, debió luchar contra la ignorancia que existía, incluso entre sus colegas músicos, sobre las verdaderas posibilidades de la guitarra como instrumento de concierto, frente a un público que estaba más dispuesto a escucharla cantar acompañándose con su guitarra, antes que interpretar una obra de Bach. Sin embargo, fue muy respetuosa de los cultores de nuestro folclor y una muestra de ello es que cuando la gran folclorista Violeta Parra se acercó tímidamente a su sala del Conservatorio para solicitarle que la aceptara como alumna, ella le respondió que a pesar de que habría sido un honor ser su profesora, no tenía derecho a intervenir en su estilo tan puro y auténtico, causando una influencia que habría podido alterar el desarrollo natural de la tradición que tan extraordinariamente representaba.

En la relación con sus discípulos era capaz de una gran severidad, especialmente cuando se trataba de exigencias técnicas y desarrollo de una disciplina de estudio; no obstante, sabía entregarles la confianza necesaria en sus propias posibilidades, respetando las características individuales de cada uno.

Se caracterizaba por estar siempre buscando material para ampliar el repertorio de sus alumnos y su entusiasmo no tenía límites cuando se trataba de acceder a nuevas partituras, para lo que realizaba verdaderas "pesquizas" e incluso después de la aparición de la fotocopiadora (que cambió la vida de todos los que ya estudiábamos en esa época) dedicaba largas horas a copiar de su "puño y letra" cuanta partitura interesante se cruzaba en su camino. Es así como conservamos muchos de sus manuscritos, entre ellos el del *Concierto de Aranjuez* incluyendo la reducción al piano.

Sentía una gran admiración y agradecimiento por sus maestros a quienes recordaba frecuentemente, en especial por el sobresaliente guitarrista Albor Maruenda Laporta (quien también fuera profesor de Arturo González) argentino hijo de españoles, discípulo de Juan Dozo y Josefina Robledo (discípula de Francisco Tárrega), fundador de las cátedras de guitarra del Conservatorio Nacional de Chile en 1938 y de la Escuela Moderna de Música, quien en una de sus numerosas giras por Latinoamérica, compartiera escenario tocando a dúo con Andrés Segovia, el que incluso le pidió que le autografiara su guitarra.

Liliana Pérez Corey, nacida el 9 de Febrero de 1917, dio sus primeros pasos en la guitarra con María Luisa Sepúlveda quien le aconsejó que continuara sus estudios con el maestro Antonio Alba, el que acudía a la casa de la familia Pérez Corey ubicada en la calle Pedro de Valdivia, donde se desarrollaban amenas tertulias musicales. Posteriormente toma clases particulares con Albor Maruenda quien le recomienda que ingrese al Conservatorio Nacional, lo que hace en el año 1939. Sin embargo, en el año 1944 el maestro Maruenda se traslada a Lima, ciudad que le ofrece mejores posibilidades para seguir desarrollando sus actividades artísticas. Por esta razón Liliana Pérez Corey decide viajar a Argentina en 1946, con el fin de continuar sus estudios musicales. En el vecino país estudió con Jorge Gómez Crespo y Consuelo Mallo López (Alumna de Domingo Prat) con quien se titula de guitarrista en el Conservatorio de Música de Buenos Aires.

Posteriormente viaja a España invitada por el Instituto Chileno de Cultura Hispánica, para realizar una temporada de conciertos. En una oportunidad, cuando se encontraba ofreciendo una presentación radial en la ciudad de Barcelona junto a Daniel Fortea, el eminente maestro Emilio Pujol escuchó desde Lisboa la versión de su *Canción de Cuna* ejecutada por esta joven guitarrista chilena, quedando tan impresionado que viaja especialmente para conocerla.

En otra ocasión, al escucharla el ya afamado guitarrista Andrés Segovia, alabando el exquisito sonido que la caraterizaba, le dijo: "Liliana: le compro su mano derecha".

Durante su estadía en España Liliana Pérez realiza estudios con Emilio Pujol, Daniel Fortea y Regino Sainz de la Maza.

Ofreció conciertos en Chile, España, Paraguay, Argentina, Perú, Estados Unidos y Uruguay país donde es condecorada por Abel Carlevaro.

Actuó como solista con la Orquesta Sinfónica de Chile, tocando la *Pastoral de Alhué* de Jorge Urrutia Blondel (versión de la que se conserva una grabación) y, entre otros, Gustavo Becerra y Darwin Vargas le dedicaron obras para guitarra. Realizó grabaciones para la radio de la Universidad de Chile.

En sus últimos años de vida recibió importantes reconocimientos públicos por su importante aporte al desarrollo de la escuela guitarrística chilena, entre los que destacan: Condecoración de la OEA y conciertos en su homenaje en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, Salón de Honor de la Universidad de Chile, Conservatorio Regional de Rancagua y Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Al cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento, la Escuela Moderna de Música realizó un concierto en su homenaje, en el que su hija, Liliana Medina Pérez donó a esta institución la biblioteca completa de su madre, con las partituras acumuladas en su larga trayectoria, la que está a disposición de todos los guitarristas que deseen consultarla.

Desde 1993 el Instituto Profesional Escuela Moderna de Música realiza en su honor el Concurso Nacional de Guitarra que lleva su nombre.

Sin duda, el mayor testimonio de la gran labor realizada por esta insigne maestra en beneficio de la guitarra en Chile, es el alto nivel alcanzado hoy en día por los jóvenes ejecutantes de este instrumento, quienes como ella misma cariñosamente afirmara, son sus nietos musicales, haciendo efectiva la tradición de que un gran maestro será inevitablemente superado por sus discípulos.

FERNANDO PÉREZ O.
Arquitecto

Mi relación con la "señora Liliana", como solíamos llamarla, fue la de un estudiante adoptivo y transitorio.

Debe haber sido el año 68. Yo había tenido el privilegio de ser admitido en la cátedra de guitarra de Luis López y llevaba unos dos años estudiando con él. Su partida por dos años a perfeccionarse en Alemania me dejó a mí - y muy probablemente a otros de sus alumnos- en esa especie de consternación y abandono que siente cualquier estudiante de música al quedarse sin su maestro.

Todos pasamos, sin mas trámites, a depender de Liliana Pérez quien dirigía la cátedra paralela. En un comienzo, sin demasiada confianza ni entusiasmo. Ella, en cambio, nos acogió con un cariño y calidez

inigualables, como si siempre hubiésemos sido sus alumnos. A poco andar, nos demostró cuánto podía entregarnos.

Para quienes estábamos habituados a las clases tutoriales y privadas de Luis López, poniendo énfasis en la interpretación y derivando frecuentemente a problemas filosóficos o culturales, pudo ser inicialmente chocante participar de esa suerte de taller colectivo que eran las clases de Liliana Pérez. Ellas eran el resultado de su particular espíritu de familia y de la necesidad de lidiar con un casi inabarcable número de alumnos.

Así, venciendo nuestra timidez, tuvimos que aprender a dar nuestras lecciones frente a cinco o seis compañeros, apiñados en la pequeña sala, que escuchaban o preparaban las suyas, mientras esperaban su turno. Mas allá de las eventuales razones prácticas, sabía ella muy bien la importancia que para un intérprete tiene enfrentar con soltura y confianza a un público y estar permanente expuesto a la crítica. Esta fue, tal vez, la primera lección que aprendí de ella.

Sus clases, en la superficie, podían parecer muy escolares. Apuntaban a la técnica, la cualidad del sonido o la relajación de ambas manos. Yo hacía tiempo que había dejado de ser un niño, o al menos así lo sentía, y tuve que acostumbrarme a que me tratara cariñosamente como tal. Tras esa apariencia, lo que ocurría, es que ella confiaba en el instinto musical de cada cual. Consecuentemente con ello, preferia concentrarse en proporcionar al alumnos los medios para expresarlo. Haciéndolo así, desarrollaba ella por una suerte de via indirecta, y siempre con instinto certero, la musicalidad de cada cual.

Liliana Pérez fue, lo que se diría una profesora en el sentido más radical imaginable para el término. Se entregó infatigablemente venciendo muchas veces la fatiga propia y ocultando tras una sonrisa permanente tantos sacrificios y renuncias que la vida le había exigido.

Siempre rodeada de alumnos. La recuerdo contando sus viajes a Rancagua, donde enseñaba semanalmente como en tantos otros lugares, y teniendo que terminar de preparar un recital en el recorrido del bus. Alcanzo a recordar incluso alguna presentación suya en los primeros años de la televisión. Iría dejando esta actividad cada vez más de lado, superada como estaba por las obligaciones que le imponía la docencia. Pero de aquellas pocas veces en que tomaba la guitarra durante la clase para mostrarnos la interpretación de algún pasaje, recuerdo nítidamente la relajación de sus manos regordetas, que eran capaces de obtener un sonido dulce y ajustado de la guitarra.

Esos dos años con ella, que parecieron en un primer momento eternos, pasaron rápido y amablemente. Ellos dejaron en mí una herencia nada desdeñable: mayor seguridad y confianza, un mejor dominio técnico y una capacidad para enfrentar, analizar y resolver paso a paso los problemas presentados por una pieza musical. Más allá de todo ello, ellos dejaron algo que aun no se borra. El tremendo testimonio humano de entregarse por entero a otros en la enseñanza, aún a costa de si misma: a cuántos habrá acercado pacientemente a un objetivo musical soñado.

Liliana Pérez Corey fue una de esas personas que secretamente, sin mayores aspavientos, y en un terreno tan desconocido, insospechado para muchos, han sido capaces de construir un capítulo de un país y de su cultura.